La princesa del bosque //Pa
The princess of the forest

Aquella mañana de primavera, con un sol muy brillante, todo en silencio y el cielo por completo azul, se le vio. Remontó desde lo hondo del río y un poco antes de llegar a lo más alto de la loma, se paró. Miró al frente y descubrió el bonito cerro de rocas calizas, todo sembrado de monte bajo. El sol ya a media altura, iluminaba muy brillante y por eso el cerro de rocas, todo se veía radiante. Como si estuviera recién lavado.

Miró para el terreno que tenía a su izquierda y bajo las densas y grises encinas, los vio. Tres jóvenes, ella y dos muchachos, parecían buscar algo por debajo de estas encinas. Ella, al verlo, dejó de rebuscar, lo miró y desde la distancia le preguntó:
- ¿Buscas a la princesa?
Respondió y preguntó el joven que se acercaba:
- Me han dicho que vive por estos montes pero no sé el lugar concreto. ¿Tú lo sabes?
- Sé que en ese cerro de enfrente, por entre las rocas y la vegetación, vive. Nunca he visto su castillo pero dicen que es lo más bello y misterioso que existe. Si tú vas por ahí y la ves a ella y te enseña su castillo, luego cuando vuelvas nos lo cuentas.
- Quiero recorrer todas las veredillas que surcan ese monte rocoso. Y claro, si me encuentro con la princesa y descubro su palacio, al volver os lo digo.
- Nos gustará mucho.

Y si llegas hasta el sitio donde brota el manantial conocido con el nombre de “La Fuente de la Princesa”, bebe agua y espérala ahí. Dicen que en primavera y en las noches de estrellas, algunas veces viene a este lugar. A beber agua en el venero y alabar sus manos y cara. A lo mejor tienes suerte y te encuentras con ella.
Al oír el nombre de la fuente, se quedó un poco pensativo. Luego preguntó:
- ¿La Fuente de la Princesa?
- Sí ¿Conoces tú ese lugar?
Y ahora simplemente dijo:
- Luego cuando vuelva os lo cuento.

Y el joven despidió a los que bajo la encina buscaban cosas. Bajó un poco para el collado de la derecha y enseguida vio las blancas paredes de las viejas casas. Tres pequeñas casas que, sobre el montículo a su derecha una, en el collado la otra y cerca de las rocas la tercera, se mostraban mudas y como esperando. A su mente acudieron los recuerdos y sintió tristeza. Se vio, cuando pequeño y en compañía también de su pequeño perro blanco, recorriendo estos parajes y jugando.

Recordó que lo que más en aquellos momentos le gustaba y llenaba de emoción, era imaginar a las personas que vivían en la pequeña casa blanca del cerro. Descubrió un día que esta casa la habitaba un matrimonio y una niña de pelo rubio. La vio un día que bajaba hacia el collado y se llenó de asombro. Le pareció muy frágil, bella como la más hermosa mariposa y tierna. Ni siquiera se atrevió a acercarse y saludarla. Se limitó a permanecer inmóvil junto a la gran roca blanca del camino mientras la seguía con sus ojos. Y vio que al poco se perdía tras el montículo, donde al otro lado, se abría una hermosa cañada de tierra llana.

Brotada en esta cañada un claro manantial y por eso, el pastor de la casa del collado, era aquí donde tenía un pequeño huerto. Un rectángulo de tierra que el hombre labraba todas los años y donde sembraba berenjenas, pimientos alcachofas y espinacas. También había plantado un par de nogueras, dos naranjos algunos granados y manzanos junto a tres perales. Recogía el hombre de aquí una buena cantidad de productos con los cuales, en gran parte, alimentaba a su familia completándolo con la leche y queso de una docena de cabras.

Se le llenó el corazón de añoranza, dulces y tristes recuerdos al revivir en su mente los lejanos días de su infancia y el espíritu se le entristeció aún más al verse por aquí en aquellos momentos. La cañada del huerto del pastor, su desaparecido padre, hacía mucho, mucho tiempo. A su lado y casi siempre en compañía del pequeño perro, cada día recorría de acá para allá estos parajes. Y donde más se llenaba de emoción era siempre por la cañada del huerto y junto al manantial. También por el cerro de las rocas blancas, saltando por estas peñas y emocionándose con el retozo de los chotos de cabra en sus primeros meses. Era la única compañía que en aquella etapa infantil de su vida tenía.

Quizá por esto, desde aquel día que vio a la niña ocultarse tras el montículo hacia la cañada del huerto, en su alma y corazón todo cambió. Por las noches soñaba con este lugar y en ocasiones, la veía. A veces, sentada en la piedra que había junto al venero, moviendo juguetonamente sus pies y manos y observando tranquilamente el chorrillo de agua que se iba desde la fuente. Otras veces la veía jugando con la fina arena que iba labrando el chorrillo de agua. Con sus dedos, dibujada en esta arena, letras,

flores o árboles y también animales, pájaros, alguna oveja o caballo. También parecía hablar con alguien y compartir estos juegos suyos. Pero nunca en sus sueños veía a nadie más que a ella, la fuente y el agua que brotaba por entre las piedras y la cañada tapizada con el verde de las plantas.

En secreto y en su corazón le puso a esta fuente el nombre de La Fuente de la Princesa. Porque era así como la imaginaba y porque en esta fuente la veía una vez y otra lavando sus manos y cara. Pero él, muchos días al salir el sol y levantarse, lo primero que hacía era venir a esta cañada. Se decía: "A lo mejor es verdad que está por aquí juzgando. Sí es cierto y me la encuentro, la voy a saludar y le voy a preguntar porque siempre está tan sola. A lo mejor no tiene a nadie con quién jugar y por eso, podría animarse y hacerse amiga mía". Esto o cosas parecidas rumiaba en su mente mientras solo y en silencio caminaba hacia la cañada con la ilusión de encontrarla.

Se asomaba al pequeño collado que era de donde arrancaba la cañada y por donde aquel día la vio perderse y aquí se parada. Siempre durante largo rato, desde aquí miraba en silencio. Como si estuviera explorando los territorios con la necesidad y deseo de encontrar personas, mundos y reinos nuevos. Casi siempre, en estos momentos de la mañana y sobre todo, en los días de primavera, por el cerro de las rocas a su derecha, ramoneaban las cabras. Las diez o doce cabras que el pastor, su padre, poseía para complementar el salario que el dueño de las ovejas y tierras daba a este hombre.

La pequeña manada de cabras, blancas, negras y color caramelo, era uno de los pocos elementos que a él le distraía y llenaba un poco la necesidad de amistad que en su corazón existía. Por eso en estos días de primavera y a primera hora de la mañana, le gustaba mucho ver a estos rumiantes ramoneando por entre las jaras y saltando de una peña a otra. También en algunos momentos se decía: "Si ella algún día aparece por aquí y se hace amiga mía, le voy a pedir que se venga conmigo por los sitios que recorren estas cabras mías. Puede que le guste y yo, de este modo, me sentiré feliz notándola a mi lado. Y hasta puede que en algún momento, por entre estas rocas, monte y cerro misterioso, encontremos algún tesoro. Creo que por estos lugares puede haber tesoros y también palacios".

Después de mucho rato parado en el collado y parte alta de la cañada, caminaba y seguía bajando. Hacia el manantial y tierras del huerto. Al llegar al punto donde el agua brotada, se parada. Lavaba sus manos en esta clara y fresca agua y luego bebía. En la piel de su cara sentía como una caricia dulce y su mente toda se llenaba de ella. Aquí se sentaba como esperándola mientras soñaba sueños maravillosos con ella por entre estos paisajes y reinos desconocidos repletos de belleza.

Ahora, hoy en este día de primavera cuando de nuevo recorre estos lugares después de mucho, mucho tiempo, lentamente se aproxima el collado que da vista a la cañada y mil veces pisó cuando pequeño. Espera encontrarse con los paisajes que en su espíritu tiene estampados y espera percibir algunas señales de la niña que por aquí soñaba. El sol, ya a media altura en el cielo de la mañana, luce esplendoroso. Calienta moderadamente y se columpia sobre las nuevas hojas recién brotadas en los álamos, encinas y almeces. El viento en calma que, como una caricia, trae y lleva perfume a hierba fresca y ha margarita nacidas por la noche. De acá para allá revolotean algunas mariposas y hasta sus oídos llega el canto de un autillo. Sale de entre lo que ahora mismo son puras ruinas y en tiempos pasados fueron casas y construcciones para las ovejas y familia del pastor.

Se ven estas ruinas un poco antes del collado y a su derecha. Ninguna presencia humana hay ahora en este lugar. Todo en silencio y por completo solitario. Aunque eso sí, inundado el lugar, las ruinas de las construcciones y todo el terreno cerca, por un potente abrazo que surge del misterioso latido y respirar de la naturaleza. A este lado suyo, la derecha pero más en línea recta hacia el sol de la mañana, es por donde se alza el cerro de las rocas blancas. Por donde ramoneaban las cabras cuando de pequeño pisaba estos lugares.

Mira con interés para estos parajes y descubre un espeso tapiz de jaras, romeros, tomillo y jaguarzos con multitud de florecillas ya abiertas. Se dice: "Como en aquellos tiempos de mi niñez y hasta con los mismos colores en cada florecilla, el mismo perfume enganchado en el aire, la misma luz y silencio. Como si no hubieran pasados los años a pensar de los miles de días que atrás han quedado".

Se oye un pequeño ruido como de piedras que se rompen. Un foco de luz muy clara parece manar como del centro del cerro y aquí mismo toda la pequeña ladera con sus rocas blancas y monte repleto de flores, parece abrirse. Muy parecido a como cuando se abre una cancela pero en este cerro, como en forma de dos grandes puertas. Y según se abren estas puertas a un lado y otro, se ven robustas paredes y recias columnas talladas en las paredes de mármol de varios colores. Poco a poco y según el cerro se va abriendo, aparece como un pasillo ancho y largo. Al fondo, muy al fondo, se ve la figura de una joven como envuelta en telas de seda de colores muy hermosas.

Sin ser muy consciente él de las imágenes que está viendo, mira muy concentrado. Se siente atraído hacia el gran pasillo que se abre desde el corazón del cerro. Camina despacio y la llama:
- Espera, quiero ver tu cara y también deseo preguntarte algo.

Su voz resuena a lo ancho y largo del pasillo, produciendo eco. Pero ella, la figura que se aleja como a un infinito de luz, no detiene sus pasos. Avanza como si regresara a lugares conocidos y bellos.

La vuelve a llamar al tiempo que aligera el paso con la intención de alcanzarla. Y justo cuando ya ha recorrido varios metros de pasillo hacia lo hondo, a sus espaldas, parece cerrarse la puerta. Como si la fantástica galería abierta en la ladera del cerro, lentamente cerrara sus puertas sin que dentro la luminosidad se extinga. Tampoco se apaga ni el eco de su voz llamándola ni el sonido de sus pasos.

Al caer la tarde, los tres que buscaban cosas bajo las encinas, entre sí comentaron:
- Nos dijo que volvería a contarnos lo que descubriera y no aparece. ¿Vamos a buscarlo?
- Deberíamos ir no sea que le haya pasado algo.
Dijo la joven. Y sin más se pusieron en camino. Antes de ocultarse el sol, llegaron al collado de la fuente. Aquí estuvieron un buen rato parados. Lo llamaron varias veces y miraron para un lado y otro. Como no percibían ninguna señal de su presencia, avanzaron un poco más y se encajaron en la fuente.

Aquí en el manantial bebieron, buscaron algunas señales de él por este sitio y justo cuando ya el sol se ocultaba por detrás del cerro de las rocas blancas, la joven dijo a sus amigos:
- Hoy es primavera, el cielo esta tarde está muy limpio y eso presagia una bonita noche de estrellas. Quedémonos a dormir en este lugar. Puede que ella, al salir la luna, venga por aquí a lavar sus manos y jugar en el agua de este venero. Y también puede que él venga a encontrarse con ella.